

DEBORAH KERR. IN MEMORIAM

La primera vez que recuerdo haber visto a Deborah Kerr en la pantalla de un cine fue en "Quo Vadis", la adaptación en Metro-color de la clásica novela de Henryk Sienkiewicz. En "Quo Vadis" hacía el papel de la cristiana Lygia que de una forma incomprensible logra seducir al viril general Marcus Vinicius (Robert Taylor) provocando los celos de Popea. De ahí al incendio de Roma ... un paso. La imagen de "pava" transmitida por Deborah Kerr quedó firmemente grabada en mi mente, arrojándola sin contemplación al cesto de las chicas buenas que no estaban buenas. Una imagen que los críticos confirmaron de una forma más literaria con los epítetos de; asexuada, virginal, fría.

Y así fue en realidad Deborah Kerr, una espléndida actriz inglesa (escocesa) que jamás ganó un Óscar aunque fuera nominada en 6 ocasiones. Le sobró; profesionalidad, equilibrio, perfección, le faltó; desgarró, apasionamiento, seducción.

Sin embargo en la escena de "Quo Vadis" en que es atada a un poste en medio del Coliseo romano para servir de presa a un toro bravo, resultaba de una sensual fragilidad que no pasó desapercibida a su fiel esclavo Ursus quien desnucaba al atrevido cornúpeta, provocando de paso la caída de Nerón.

Siguiendo con su andadura en la Metro, se mudó de la Roma imperial a la sabana africana en "Las minas del rey Salomón". Allí pasó casi desapercibida, manteniendo el consabido papel de elegante dama inglesa que debe despojarse de sus inadecuadas vestimentas victorianas en la calurosa selva africana ante la divertida mirada del cazador profesional Stewart Granger. En todo caso el gran protagonismo de esa película fueron África y los watusi.

Dos años después la pareja repitió protagonismo en la mítica "El prisionero de Zenda". De nuevo Deborah Kerr aparecía desdibujada sin apenas presencia real, fue solo "la chica" que aparece en todas las películas de la época. El malo, malísimo James Mason y sus irónicos e inteligentes diálogos protagonizaron esa entretenida película.

En "La reina virgen" (Young Bess), increíble e inaudita historia sobre los jóvenes años de la reina Isabel I de Inglaterra interpretada por la antihistórica, por generosamente dotada, Jean

Simmons, Deborah Kerr volvió a ser un personaje de relleno. La magnífica partitura de Miklos Rozsa cubrió adecuadamente las deficiencias de un guión descabellado.

Tuvo que ser J.L. Mankiewicz, ¡cómo no!, en su magnífica adaptación del Julio César shakespeariano quien mostrara y descubriera por vez primera las cualidades interpretativas de Deborah Kerr en su papel como Portia. En un breve pero intenso papel Deborah Kerr demostró claramente que el blanco y negro le sentaba mejor, que nunca fue ni sería una actriz adecuada para los coloreados y entretenidos films de la Metro. Ella nunca podría ser simplemente "la chica" que besa "al chico" al final de la película sobre un fondo de violines y un THE END iniciando el fundido final. Ella era una actriz de teatro de la mejor escuela inglesa, escocesa más bien, y en ese tipo de papeles siempre estuvo genial.

Cambió de registro en la oscarizada "De aquí a la eternidad" (From here to eternity). De nuevo el blanco y negro le sentó bien. Esta vez dejó el papel habitual de dama virginal, asexuada, y se metió en el papel de la esposa adúltera de un militar en una base del Pearl Harbour prebélico, seducida por el apuesto y viril sargento Burt Lancaster. Su beso, o mejor dicho su abrazo en la playa cubiertos por las olas se convirtió en el icono mass-media por excelencia, apareciendo siempre en las encuestas cinéfilas como uno de los momentos más sensuales de toda la historia del cine.

Actriz polifacética, transformista, difícilmente clasificable, Deborah Kerr se atrevió a enseñar a bailar al mismísimo rey de Siam (Yul Brynner) en la no muy afortunada adaptación del gran éxito musical "El rey y yo" (The king and I) de Richard Rodgers y Oscar Hammerstein II. La famosa secuencia en la que enseña a bailar a Yul Brynner a los acordes de "Shall we dance" fue retomada 45 años después en la comedia del mismo título interpretada por Richard Gere y Jennifer López, donde usaban el mismo tema musical de fondo. Deborah Keer estuvo simplemente correcta pero el film fue un gran éxito.

Ese mismo año interpretó la versión cinematográfica de la famosa obra teatral "Té y simpatía". En ese ambiente puramente teatral y con Vincente Minnelli dirigiendo, Deborah Kerr bordó uno de sus mejores papeles dando vida a la madura esposa de un profesor, la cual acaba seduciendo y siendo seducida por un joven alumno. De nuevo el tema del adulterio protagonizado por un tipo de mujer de aspecto formal, convencional, conferían un tono especialmente morboso a la situación.

Su interpretación de la monja junto al marine Robert Mitchum en "Solo Dios lo sabe" (Heaven knows Mr. Allison) fue quizá su papel más popular, aquel por el que es más recordada. No era la primera vez que se ponía el hábito monacal, diez años antes en "Narciso negro" (Black narcissus) ya interpretó el papel de una monja, como también lo hicieron; Audrey Hepburn, Ingrid Bergman, Silvana Mangano, Loretta Young, Shirley MacLaine (de mentirijillas) e incluso Jennifer Jones como protomonja. La historia del marine Robert Mitchum y de la monja Deborah Kerr en una isla ocupada por los japoneses durante la 2ª Guerra Mundial funcionó perfectamente gracias a la magnífica labor de la pareja protagonista con un equilibrado juego entre el mundo del soldado y el de la religiosa. El realismo físico, el excelente guión, el duelo interpretativo y la apasionada, como siempre, dirección de John Huston, lograron captar la atención de un público donde no se sabía si al final Deborah Kerr colgaba los hábitos o bien Robert Mitchum se hacía religioso.

A Hollywood siempre le ha gustado repetirse, hacer segundas o terceras versiones de grandes éxitos de pantalla. En 1.957 Leo McCarey realizó una segunda versión de "Tu y yo" (Love affair), inicialmente interpretada por Charles Boyer e Irene Dunne. Esta vez fueron Cary Grant y Deborah Kerr quienes volvieron a emocionar al público en la comedia romántica por excelencia. Un poco pasada de moda, a mi gusto, pero un gran éxito de público y para los fabricantes de kleenex.

Deborah Kerr, una profesional incansable siguió protagonizando películas en papeles cada vez de mujer más madura. El paso del tiempo no frenó su carrera. Deborah Kerr tuvo la cualidad de parecer mayor cuando era joven y de parecer joven cuando fue mayor. Así protagonizó "Buenos días tristeza", "Mesas separadas", "Rojo atardecer". De nuevo volvió a reunirse con el marine Robert Mitchum, esta vez como su esposo en "Tres vidas errantes" y de nuevo Fred Zinnemann el director que la hizo revolcarse sobre la playa en Honolulu, la convirtió ahora en ganadera de ovejas en tierras de Australia. Tuvo una buena acogida del público pero la excesiva duración y el convencional guión la dejaron en simplemente una correcta película.

En 1.961 Deborah Kerr asumió uno de esos papeles merecedores de un óscar en uno de los mejores films de terror de toda la historia; "Suspense" (The innocents) según la famosa novela de Henry James. De nuevo en blanco y negro interpreta el papel de la institutriz de dos niños en un viejo caserón. Los niños, a sus ojos, son la reencarnación de dos jóvenes amantes muertos hace años en extrañas circunstancias. La enérgica dirección de Jack Clayton, la fotografía del

especialista en terror de la Hammer, Freddie Francis y una Deborah Kerr prácticamente omnipresente en un casi monólogo interpretativo inmortalizaron este clásico del cine.

Con 43 años se enfrentó de la mano de Tennessee Williams en, a mi juicio, su mejor interpretación; una extraña, sosegada y abnegada pintora a quien acompaña un patético anciano poeta recalán en un hotelucho de Puerto Vallarta donde coinciden con Richard Burton, Ava Gardner y Sue Lyon recién salida de su afamada Lolita. Todo el mundo desgarrado, apasionado, autodestructor de Tennessee Williams representado por Richard Burton y Ava Gardner encuentra su contrapunto en la suave, mística, pero dura y valiente Hannah. Pasiones a flor de piel, diálogos violentos, situaciones límite. Duelos interpretativos y John Huston, un director pasional sacando adelante el mundo de Tennessee Williams. Magníficos todos los actores y Deborah Kerr adueñándose como gran señora de la interpretación.

En Casino Royale tuvo un brevísimo papel, casi cómico interpretando a una digna y alocada dama escocesa, lo que era Deborah Kerr en realidad.

El último recuerdo de Deborah Kerr fue en "Los temerarios del aire" (The gypsy moths). Nuevamente dirigida por Fred Zinnemann, nuevamente enamorado de Burt Lancaster, nuevamente como mujer adúltera. Con casi 50 años enseñó por primera y única vez sus pechos desnudos en la pantalla, ofreciéndoselos generosamente a un Burt Lancaster marcado por la tragedia. En esta casi despedida Deborah Kerr no quiso que la recordáramos como una mujer bien peinada, vestida clásicamente y convencionalmente casada, sino cargada de frustración y de deseo insatisfecho. No quiso dejarnos el recuerdo de las virginales heroínas tipo metrocolor, sino la de una mujer dispuesta a deshacer sensualmente su sempiterno moño y desparramar su rojiza cabellera estilo Eleanor Parker sobre sus hombros desnudos. Esa escena cortada por la censura en su estreno en España, la hemos recuperado en los pases televisivos. El guión, estilo "Ángeles sin brillo" tiene el tono épico de la tragedia de los hombres/mujeres frontera. Desarraigo y convencionalismo un binomio en el que se movieron los personajes de esta espléndida actriz.

Luego con "El compromiso" (The arrangement) Deborah Kerr puso fin a su carrera haciendo de esposa de Kirk Douglas bajo la tutela de Elia Kazan, un experimento totalmente fallido, paradigma del declive hollywoodense.

Ahora, después de años de silencio, la muerte, ha resucitado su imagen, nos ha devuelto esas escenas, esos recuerdos que inconscientemente quedaron en la memoria; la cristiana de

"Quo Vadis", la chica de "Las minas del rey Salomón" y "El prisionero de Zenda", la adúltera "De aquí a la eternidad", la institutriz de "El rey y yo", la monja de "Solo Dios lo sabe", la enamorada de "Tu y yo" la ovejera de "Tres vidas errantes", la profesora de "Suspense", la pintora de "La noche de la iguana" y la insatisfecha esposa de "Los temerarios del aire". Recuerdos frescos, imborrables de un actriz de la que nadie se enamoró, nadie la odió pero que no nos dejó indiferentes, se metió, sin darnos cuenta en nuestras vidas, sin sentirlo, y ahí permanece, formando parte de esta confusa mezcla de realidad y fantasía que es el cine ¿o se dice la vida?.

Vicente Viana